

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Tiempo
Fecha: viernes 04 de agosto de 2017
Página: 11A
Año: 63
Edición: 16.332
Descriptor: **JUEGOS FUNERARIOS**

El huayro, juego funerario andino



Los indígenas de la sierra ecuatoriana tenían la costumbre de hacer rituales lúdicos durante los velorios. La investigadora Roswith Hartmann en su libro Juegos de velorio en la sierra ecuatoriana explica que los indígenas tenían la tradición de hacer el pacaricuc, que consistía en velar al “finado” durante cinco días.

En ese tiempo no dormían, ayunaban, hacían cánticos lastimosos, y también actividades para vencer el sueño. El juego del huayro era uno de ellos y, aunque ha sufrido modificaciones, la esencia de esta tradición sigue latente en el área rural del Sígsig.

Primeras descripciones

“En la muerte y entierros de sus difuntos estos indios tienen también grandes abusos y supersticiones; debajo de la mortaja les suelen vestir vestidos nuevos, y otras veces se los ponen doblados,

sin vestírselos. Hacen el Pacaricuc, que es velar toda la noche, cantando endechas con voz muy lastimosa; unas veces a coros y otras cantando uno y respondiendo todos los demás. El Pacaricuc suele durar cinco días, en los cuales ayunan, no comiendo sal ni ají, sino maíz blanco y carne, y juegan el juego que llaman la pisca o el huayro, tomando el nombre de los cinco días, que emplea unos palillos con diversas rayas, y no entiendo que tienen más misterio que para divertir el sueño, y al cabo de estos cinco días van a lavar la ropa que dejó el difunto al río” (Arriaga [1621] 1968: 216).

Hartmann rescata este fragmento para explicar cómo veían los europeos de la época estas prácticas y, además, para dejar constancia de que se trata de una tradición prehispánica.



Cómo se jugaba

En el libro de Hartmann se confirma que el término huairu es de origen prehispánico, que se trata de una actividad de dado, “lo confirma Martín de Murúa ([1590] 1946, lib. III, cap. XXV: 223s.) indicando que jugaban estos indios con un solo dado, que llaman la pichca, de cinco puntos por un lado, uno por otro, dos por otro y por otro tres, y el lado cuatro, y la punta con una cruz vale cinco, y el suelo del dado, veinte, y así se juega hoy en día, y esto lo usan así

los indios como las indias; aunque fuera de conejos, que ellos llaman cuyes; no juegan cosas de plata”.

Tradición modificada

El investigador Paulo Sánchez asegura, a diferencia de la investigadora Hartmann, que el juego empieza después del entierro.

Relata que en la casa del difunto, en el mismo lugar en donde lo velaron, colocan el cuadro de almas, unas velas, como si fuera un altar, ponen una chalina o un mantel en el suelo y encima colocan un tablero con agujeros, por el que se recorrerán los espacios según los números que el azar permita, con reglas establecidas. Algunas familias usan frijoles, otros arroz y otros maíz para llevar las cuentas.

El huayro es un hueso que puede ser de ganado o del fémur de un ser humano. Tiene forma cónica o cilíndrica, seis lados y le ponen cierta cantidad de puntos en cada lado que es una simbólica numeración.

Cuando el huayro queda de pie quien lo lanza es el ganador. “Es una tradición en donde los presentes hacen cháchara y se divierten mucho, a pesar del dolor que los puede embargar”, explica Sánchez.



Testigo

Héctor Torres está sentado en un banco de madera, frente a su casa. A sus 92 años recuerda, como si fuera ayer, las veces que presencié el juego del huayro. “Durante las veladas se jugaba, era muy divertido”, relata.

Recuerda que una vez estuvo en un velorio en Puchun, una zona rural de el cantón Sígsig. Había más de 20 personas reunidas en círculo, en el centro, tendido en el suelo estaba una chalina y un tablero de madera.

Todos los jugadores tenían que apostar. Entregaban sures y, cuando todos habían apostado, empezaba el juego. Lanzaban el huayro hacia el tablero, si caía de pie el concursante ganaba. “Sí, sí, se paró”, gritaban los presentes.

En medio de la algarabía, el ganador recibía el dinero, que estaba destinado a comprar “trago y para dárselo a la viuda”, recalca Torres al tiempo que asegura que era muy bonito presenciar este juego. Otro elemento importante es que en una pared, justo al lado del lugar donde estuvieran jugando, colocaban el cuadro de almas.

Es una pintura en donde se reflejaba el cielo y el infierno. Hay demonios, pero también ángeles. En el centro está Dios, representado en un ojo encerrado en un triángulo. Había variedad de cuadros y en todas las casas guardaban uno.

“Teníamos el nuestro, pero un día vinieron los de Cuenca y se lo vendimos a 30 sures”, comenta Torres.

Diferencias

El relato de Torres y la investigación de Hartmann, coinciden en que el juego se hacía durante los días de velorio, pero en investigaciones recientes aseguran que el huayro se hace después de que entierran al “finado”.

La experiencia de Torres es que los familiares y amigos del difunto eran quienes organizaban el juego, apostaban con dinero y todo lo

que recaudaban se lo entregaban a la viuda para los gastos del funeral y la alimentación de los acompañantes.

Esta tradición se mantiene hasta estos días, pero que es parte de la transformación de este juego porque los indígenas no apostaban ni jugaban para entregarle dinero a los familiares del difunto, sino que lo hacían para mantenerse despiertos.



Campo

El investigador, Sánchez, hizo un trabajo de campo durante una semana, se fue al área rural de su cantón y encontró tanto el juego del huayro como el cuadro de almas.

Se presume que con la colonización, el cuadro donde está representado el cielo y el infierno, se incorporó a los funerales indígenas como parte del sincretismo entre el catolicismo y la cosmovisión andina.

Según los documentos rescatados en el libro de Hartmann estos cuadros no tenían cabida durante los juegos funerarios que hacían los indígenas.

Los juegos funerarios son una tradición que se mantienen, quienes poseen huayros o cuadros de almas los celan como a reliquias y guardan cierto recelo al momento de mostrarlos. (EPA) (F)

Sigsíg.